

á ver esa vileza,
pues cuánto dejar puedes es pobreza.

» Que si dejares uno,
ciento tendrás por él en esta vida
sin descontento alguno;
y allá á la despedida
daráte Dios la gloria prometida.

» Verás en este suelo,
dando de mano al mundo fementido,
un retrato del cielo
que Dios tiene escondido
en la celdilla pobre y el vestido.

» Ageno del cuidado
que al mercader sediento trae ansioso,
de sólo Dios pagado,
se goza el religioso,
libre del mundo falso y engañoso.

» No busca los favores
que al ambicioso traen desvelado
en casa de señores;
mas antes retirado
goza su suerte y su felice estado.

» No tiene desconsuelo
ni puede entristecerle cosa alguna,
porque es Dios su consuelo,
ni la baja fortuna
con su mudable rueda le importuna.

» Su casa y celda estrecha
alcázar le parece torreado;
la túnica deshecha,
vestido recamado;
y el suelo duro, lecho delicado.

» El cilicio tejido
de punzadoras cerdas de animales,
que al cuerpo está ceñido,
aparta de los males

que causa el ciego amor con los mortales.

» La disciplina dura
de retorcido alambre le da gusto,
pues cura la locura
del estragado gusto
que huye á rienda suelta de lo justo.

» En estos ejercicios
su vida pasa más que venturosa,
apartado de vicios,
sin que le dañen cosa
mundo, demonio, carne pegajosa.

» Cuánto el seglar procura
adquirir con deleites y hacienda
se dan de añadidura,
no más de porque atienda
al servicio de Dios, y no le ofenda.»

Gustaba en gran manera
mi alma de la plática que oía;
y para ver quién era
el que aquello decía,
durmiendo, aquí y allí se revolvía.

Mas tocando la mano
el agua cristalina de la fuente,
salió su intento vano,
pues luego de repente
la voz se fué y el sueño juntamente.

Á don Pedro Portocarrero.

No siempre es poderosa,
Portocarrero, la maldad, ni atina
la envidia ponzoñosa,
y la fuerza sin ley, que más se empina,
al fin la frente inclina;
que quien se opone al cielo,

cuando más alto sube, viene al suelo.

Testigo es manifiesto
el parto de la tierra mal osado,
que cuando tuvo puesto
un monte encima de otro y levantado,
al hondo derrocado,
sin esperanza gime,
debajo su edificio, que le oprime.

Si ya la niebla fría
al rayo que amanece odiosa ofende,
y contra el claro día
las alas escurisimas extiende,
no alcanza lo que emprende
al fin, y desaparece,
y el sol puro en el cielo resplandece.

No pudo ser vencida,
ni lo será jamás, ni la llaneza,
ni la inocente vida,
ni la fe sin error, ni la pureza,
por más que la fiereza
del tigre ciña un lado,
y el otro el basilisco emponzoñado.

Por más que se conjuren
el odio y el poder y el falso engaño,
y ciegos de ira, apuren
lo propio y lo diverso, ageno, extraño,
jamás le harán daño;
antes, cual fino oro,
recobra del crisol nuevo tesoro.

El ánimo constante,
armado de verdad, mil aceradas
mil puntas de diamante
embota y enflaquece, y desplegadas
las fuerzas encerradas,
sobre el opuesto bando
con poderoso pié se ensalza hollando;

Y con cien voces suena
la fama, que á la sierpe, al tigre fiero
vencidos, los condena,
á daño no jamás perecedero,
y con vuelo ligero
venciendo la vitoria
corona al vencedor de gozo y gloria.

Contra un juez avaro.

Aunque en ricos montones
levantes el cautivo inútil oro,
y aunque tus posesiones
mejores con ageno daño y lloro,
y aunque cruel tirano
oprimas la verdad, y tu avaricia,
vestida en nombre vano,
convierta en compra y venta la justicia;
aunque engañes los ojos
del mundo, á quien adoras, no por tanto,
no nacerán abrojos
agudos en tu alma, ni el espanto
no velará en tu lecho,
ni escucharás la cuita y agonía,
el último despecho,
ni la esperanza buena en compañía
del gozo tus umbrales
penetrará jamás, ni la Meguera
con llamas infernales,
con serpentino azote la alta y fiera
y diestra mano armada,
saldrá de tu aposento sola una hora;
y ni tendrás clavada
la rueda, aunque más puedas, voladora
del tiempo hambriento y crudo,
que viene, con la muerte conjurado,

á dejarte desnudo
del oro y cuánto tienes más amado;
y quedarás sumido
en males no finibles y en olvido.

En una esperanza que salió vana.

Huid, contentos, de mi triste pecho,
¿qué engaño os vuelve á do nunca pudistes
tener reposo ni facer provecho?

Tened en la memoria cuándo fuistes
con público pregón ¡ay! desterrados
de toda mi comarca y reinos tristes,

Adó ya no veréis sino nublados
y viento y torbellino y lluvia fiera,
suspiros encendidos y cuidados.

No pinta el prado aquí la primavera,
ni nuevo sol jamás las nubes dora,
ni canta el ruiseñor lo que antes era.

La noche aquí se vela, aquí se llora
el día miserable sin consuelo,
y vence al mal de ayer el mal de agora.

Guardad vuestro destierro, que ya el suelo
no puede dar contento al alma mía,
si ya mil vueltas diere andando el cielo;

Guardad vuestro destierro, si alegría,
si gozo y si descanso andáis sembrando,
que aqueste campo abrojos solos cria;

Guardad vuestro destierro, si tornando
de nuevo, no queréis ser castigados
con crudo azote y con infame bando;

Guardad vuestro destierro, que, olvidados
de vuestro sér, en mí seréis dolores;
tal es la fuerza de mis duros hados.

Los bienes más queridos y mayores
se mudan y en mi daño se conjuran,
y son por ofenderme á sí traidores.

Mancillanse mis manos si se apuran,
la paz y la amistad me es cruda guerra,
las culpas faltan, mas las penas duran.

Quien mis cadenas más estrecha y cierra
es la memoria mía y la pureza;
cuando ella sube, entonces vengo á tierra.

Mudó su ley en mí naturaleza,
y pudo en mi dolor lo que no entiende
ni seso humano ni mayor viveza.

Cuánto desenlazarse más pretende
el pájaro captivo, más se enliga,
y la defensa mía más ofende.

En mí la culpa agena se castiga,
y soy del malhechor ¡ay! prisionero,
y quieren que de mí la fama diga:

Dichoso el que jamás ni ley ni fuero,
ni el alto tribunal ni las ciudades,
ni conoció del mundo el trato fiero;

Que por las inocentes soledades
recoge el pobre cuerpo en vil cabaña,
y el ánimo enriquece con verdades.

Cuando la luz el aire y tierras baña,
levanta al puro sol las manos puras,
sin que se las aplomen odio y saña.

Sus noches son sabrosas y seguras,
la mesa le bastece alegremente
el campo, que no rompen rejas duras.

Lo justo le acompaña y la luciente
verdad, las sencilleces pechos de oro,
la fe no colorada falsamente.

De ricas esperanzas almo coro,
y paz con su descuido le rodean,
y el gozo, cuyos ojos huye el lloro.

Allí, contento, tus moradas sean,
allí te lograrás, y á cada uno
de aquellos que de mí saber desean,
les di que no me viste en tiempo alguno.

En la Ascensión.

¿ Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto ;
y tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro ?

Los antes bienhadados,
y los agora tristes y afligidos,
á tus pechos criados,
de ti desposeídos,
¿ á dó convertirán ya sus sentidos ?

¿ Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura,
que no les sea enojos ?

Quien oyó tu dulzura,
¿ qué no tendrá por sordo y desventura ?

Á aqueste mar turbado
¿ quién le pondrá ya freno ? ¿ Quién concierto
al viento fiero, airado,
estando tú cubierto ?

¿ Qué norte guiará la nave al puerto ?

¡ Ay ! nube envidiosa
aun deste breve gozo, ¿ qué te quejas ?

¿ Dó vuelas presurosa ?

¡ Cuán rica tú te alejas !

¡ Cuán pobres y cuán ciegos ¡ ay ! nos dejas !

Á don Pedro Portocarrero.

La cana y alta cumbre
de Ilíberi, clarísimo Carrero,
contiene en sí tu lumbre
ya casi un siglo entero,
y mucho en demasía

detiene nuestro gozo y alegría.

Los gozos que el deseo
figura ya en tu vuelta, y determina
á dó vendrá el Lileo,
y de la Cabalina
fuente la moradora,
y Apolo con la citara cantora.

Bien eres generoso
pimpollo de ilustrísimos mayores ;
mas esto, aunque glorioso,
son titulos menores,
que tú por ti venciendo,
á par de las estrellas vas luciendo.

Y juntas en tu pecho
una suma de bienes peregrinos,
por donde con derecho
nos colmas de divinos
gozos con tu presencia,
y de cuidados tristes con tu ausencia.

Porque ha salteado
en medio de la paz la cruda guerra
que agora el Marte airado
despierta en la alta sierra,
lanzando rabia y sañas
en las infieles bárbaras entrañas ;

Do mete á sangre y fuego
mil pueblos el morisco descreído,
á quien ya perdón ciego
hubimos concedido,
á quien en santo baño
tenemos para nuestro mayor daño ;

Para que el nombre amigo,
¡ ay piedad ! cruel desconociese
el ánimo enemigo,
y así más ofendiese ;
mas tal es la fortuna,

que no sabe durar en cosa alguna.

Ansí la luz, que agora
serena, relucía con nublados,
veréis negra á deshora,
y los vientos alados
amontonando luégo
nubes, lluvias, horrores, trueno y fuego.

Mas tú, que solamente
temes al claro Alfonso, que inducido
de la virtud ardiente
del pecho no vencido,
por lo más peligroso
se lanza, discurriendo vitorioso;

Como en la ardiente arena
el líbico león las cabras sigue,
las haces desordena
y rompe, y la persigue,
armado relumbrando,
la vida por la gloria aventurando.

Testigo es la fragosa
Poqueira, cuando él solo, y traspasado
con flecha ponzoñosa,
sostuvo denodado,
y convirtió en huída
mil banderas de gente descreída.

Mas sobre todo, cuando
los dientes de la muerte agudos, fiera,
apenas declinando,
alzó nueva bandera,
mostró bien claramente
de valor no vencible lo excelente.

El pues relumbre claro
sobre sus claros padres, mas tú en tanto,
dechado de bien raro,
abraza el ocio santo,
que muchos son mejores
los frutos de la paz, y muy mayores.

Del mundo y su vanidad.

Los que tenéis en tanto
la vanidad del mundanal ruido,
cual áspide al encanto
del mágico temido,
podréis tapar el contumaz oído.

¿Por qué mi ronca musa
en lugar de cantar como solía,
tristes querellas usa,
y á sátira la guía
del mundo la maldad y tiranía?

Escuchen mi lamento
los que, cual yo, tuvieren justas quejas;
que bien podrá su acento
abrasar las orejas,
rugar la frente y enarcar las cejas.

Mas no podrá mi lengua
sus males referir ni comprendellos,
ni sin quedar sin mengua
la mayor parte dellos,
aunque se vuelvan lenguas mis cabellos.

Pluguiera á Dios que fuera
igual á la experiencia el desengaño,
que dáosle pudiera,
porque, sino me engaño,
naciera gran provecho de mi daño.

No condeno del mundo
la máquina pues es de Dios hechura;
en sus abismos fundo
la presente escritura,
cuya verdad el campo me asegura.

Inciertas son sus leyes,
incierta su medida y su balanza,
sujetos son los reyes,

y el que menos, alcanza
á miserable y súbita mudanza.

No hay cosa en él perfeta:
en medio de la paz arde la guerra,
que al alma más quieta
en los abismos cierra,
y de tu patria celestial destierra.

Es caduco, mudable,
y en sólo serlo más que peña firme,
en el bien variable,
porque verdad confirme,
y con decillo su maldad afirme.

Largas sus esperanzas,
y para conseguir el tiempo breve,
penosas las mudanzas
del aire, sol y nieve,
que en nuestro daño el cielo airado mueve.

Con rigor enemigo
las cosas entre sí todas pelean,
mas el hombre consigo,
contra él todas se emplean,
y toda perdición suya desean.

La pobreza envidiosa
es de los por quien fué más alabada,
mas esta no reposa
para ser conservada,
ni puede aquella tener gusto en nada.

La soledad huída
es de los por quien fué más alabada,
la trápala seguida
y con sudor comprada
de aquellos por quien fué menospreciada.

Es el mayor amigo
(espejo, día, lumbre en que nos vemos),
en presencia testigo
del bien que no tenemos,

y en ausencia del mal que no hacemos.

Pródigo en prometernos,
y en cumplir tus promesas, mundo, avaro,
tus cargos y gobiernos
nos enseñan bien claro
que es tu mayor placer, de balde, caro.

Guay de aquel que procura,
pues hace la prisión, adó se queda
en servidumbre dura,
cual gusano de seda,
que en su delgada fábrica se enreda.

Porque el mejor es cargo,
y muy pesado de llevar agora,
y después más amargo,
pues perdéis á deshora
su breve gusto, que sin fin se llora.

Tal es la desventura
de nuestra vida y la miseria della,
que es próspera ventura
nunca jamás tenella
con justo sobresalto de perdella.

De do, señores, nace
que nadie de su estado está contento,
y más le satisface
al libre el casamiento,
y al que es casado, el libre pensamiento.

¡Oh dichosos tratantes!
Ya quebrantado del pasado yerro,
escapado denantes
por hacer tanto yerro,
dice el soldado en áspero destierro;

Que pasáis vuestra vida
muy libre ya de trabajosa pena,
segura la comida,
y mucho más la cena,
llena de risa, y de pesar agena.

¡Oh dichoso soldado!
 responde el mercader del espacioso
 mar en alto llevado,
 que gozas de reposo
 con presta muerte ó con vencer glorioso.

El rústico villano
 la vida con razón envidia y ama
 del consulto tirano,
 que desde la su cama
 oye la voz del consultor que llama;

El cual por la fianza
 del campo á la ciudad por mal llevado,
 llama sin esperanza
 del buey y corvo arado
 á la ciudad, no bienaventurado.

Y no sólo sujetos
 los hombres viven á miserias tales,
 que por ser más perfetos,
 lo son todos sus males,
 sino también los brutos animales.

Del arado quejoso,
 el perezoso buey pide la silla,
 y el caballo brioso
 (mirad qué maravilla)
 querría más arar que no sufrilla;

Y lo que más admira,
 mundo cruel, de tu costumbre mala,
 es ver cómo al que aspira
 al bien que le señala,
 su misma inclinación luégo resbala.

Pues no tan presto llega
 el término por él tan deseado,
 cuando es de torpe y ciega
 voluntad despreciado,
 ó de fortuna en tierno agraz cortado.

Bastáranos la prueba

que en otros tiempos ha la muerte hecho,
 sin la funesta nueva
 de don Juan, cuyo pecho
 alevemente della fué deshecho;

Con lágrimas de fuego,
 hasta quedar en ellas abrasado,
 ó por lo menos ciego,
 de miserias llorado,
 viniese á ser de todos consolado.

La rigurosa muerte,
 del bien de los cristianos envidiosa,
 rompió de un golpe fuerte
 la esperanza dichosa,
 y del infiel la pena temerosa;

Mas porque de cumplida
 gloria no goce, de morir tal hombre,
 la gente descreída,
 tu muerte les asombre
 con sólo la memoria de tu nombre.

Sientan lo que sentimos,
 su gloria vaya con pesar mezclada,
 recuérdense que vimos
 la mar acrecentada
 con su sangre vertida y no vengada.

La grave desventura
 del lusitano, por su mal valiente,
 la soberbia bravura
 de su animosa gente
 desbaratada miserablemente,

Siempre debe llorarse,
 si como manda la razón se llora;
 mas no podrá jactarse
 la parte vencedora,
 pues reyes dió por rey la gente mora.

Ansí que, nuestra pena
 no les puede causar perpetua gloria,

pues siendo toda llena
de sangrienta memoria,
no se puede llamar buena victoria.

Callo las otras muertes
de tantos reyes en tan pocos días,
cuyas fúnebres suertes
fueron anatomías,
que liquidar podrán las peñas frías.

Sin duda cosas tales,
que en nuestro daño todas se conjuran,
de venideros males
muestras nos aseguran,
y al fin universal nos apresuran.

¡Oh ciego desatino!
que llevas nuestras almas encantadas
por áspero camino,
por partes desusadas,
al reino del olvido condenadas;

Sacude con presteza
dél leve corazón el grave sueño
y la tibia pereza,
que con razón desdeño,
y al ejercicio aspira que te enseñe.

Soy hombre piadoso
de tu misma salud, que va perdida;
sácala del penoso
trance do está metida;
evitarás la natural caída,

Á la cual nos inclina
la justa pena del primer bocado;
mas en la rica mina
del inmortal costado,
muerto de amor, serás vivificado.

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
La Perfecta casada.	5
Libro de los cantares.	125
Respuesta.	247
Odas.	257